

# LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 45.

ADMINISTRACION:  
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

1.º de Mayo 1900

## SUMARIO

**SOCIOLOGÍA:** *El ideal en la exposición*, por Anselmo Lorenzo.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.  
**CIENCIA Y ARTE:** *Fisiología*, por Fernando Lagranje.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Crónica artística*, por Pedro Corominas.—*Arte social: Resurrección*, por José Ingenieros.—*Marido y mujer*, novela por León Tolstói.  
**SECCION LIBRE:** *Sin Dios*, por Javier Sorondo.—*No importa el nombre*, por Leopoldo Bonafulla.  
**TRIBUNA DEL OBRERO:** *Los odios*, por Enrique Pujol.—*Venganza (cuento)*, por Juan Corominas Maseras.

## SOCIOLOGIA

### EL IDEAL EN LA EXPOSICIÓN

En el salón de fiestas de la Exposición de París, y con motivo de su inauguración oficial, se han pronunciado hermosas palabras de concordia, solidaridad y justicia.

No he de repetirlas, harto las han lanzado á los cuatro vientos el telégrafo, el teléfono y la prensa.

Quizá no se ha presentado hasta ahora en todo el siglo el ideal, el gran ideal, aquel que, como prueba de su máxima extension, alienta al desheredado pensador de la capa social más ínfima, con mejor expresión ni con más solemnidad.

Figurémonos, como ocasión, un certamen de la producción de todo el mundo; como escenario, un salón de dimensiones colosales adornado con todas las galas del arte modernísimo; como protagonistas, el presidente de la república francesa y un socialista elevado á ministro, acompañados de todos los galoneados, togados y condecorados que componen el cuerpo político, administrativo, judicial y militar del Estado residentes en la capital; como auditorio, el cuerpo diplomático, representante de todos los que mandan en todas las naciones de la tierra.

Allí se abomina la matanza y la destrucción que tiene por objeto la conquista y el dominio, y se reduce la guerra á la condición de noble estímulo de las facultades individuales y colectivas para el bien común y la satisfacción íntima de la conciencia; se pone de manifiesto la mísera condición del trabajador y la necesidad urgente de facilitarle la reparación debida; se afirma la solidaridad humana, á pesar de todas las divisiones actuales y de todas las que consigna la tradición histórica, para confundirse en la unión de la verdad y de la justicia; se lamenta la pérdida de un siglo malgastado sin hacer práctica la doctrina de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano; se expresa la confianza en la pronta realización del gran ideal reparador de todas las injusticias. Todo ello expuesto con la majestad de la elocuencia, y enaltecido aún por la solemnidad del acto y la oportunidad de aquel momento verdaderamente histórico.



El representante de aquel autócrata del Norte que para que no se altere el equilibrio de su poder necesita tener en constante actividad el terrorífico matadero de Siberia; el de la graciosa majestad británica, poderosa señora de quien no se sabe que sufra insomnios por los alaridos de cinco millones de vasallos que mueren literalmente de hambre en la India, ni por autorizar con su firma lo que le propone su Gobierno conducente á robar la independencia y las ricas minas del Transvaal; el de aquella república modelo que, carsada de democracia, se hace cesarista, y por la razón del más fuerte ha reemplazado á España en el dominio de Cuba y Filipinas, que antes las poseía por la misma razón; el del rey de Italia, que tiene su trono cimentado sobre millones de infelices que ni de *polenta* pueden hartarse, reducidos, aun los mejores y más inteligentes, sólo por serlo, como si ello fuera un delito, á la iniquidad del domicilio *coatto*; el del emperador de Alemania, que junto con el de Austria y el rey de Italia tienen parte principalísima en el mantenimiento de ese militarismo que se ha convertido en una especie de cáncer de la humanidad; los de todos los demás jefes de Estado, incluso el de Turquía, á quien el insigne Gladstone aplicó el calificativo más justo á la par que el más ofensivo que puede aplicarse á un hombre y á un rey... todos ellos, sujetos á la influencia del medio, sugestionados por la palabra de dos burgueses que saben evocar las grandes abstracciones del pensamiento y presentarlas con aquel arte que da á las ideas la animación, el movimiento y el brillo de la vida, aplauden con febril entusiasmo y prorrumpen en aclamaciones y vitores como si fueran hombres libres y dueños de sus pensamientos y de sus sensaciones, olvidándose de que son esclavos, cosas sobre las que sus amos tienen absoluto dominio y de que allí representan viles intereses y tiránicas instituciones contrarias á las aspiraciones todas de la humanidad

Tomándolo por el lado bueno, para buacar en la Historia un acto análogo, habría que recurrir tal vez á aquella fiesta de la Federación que se celebró en aquel mismo campo de Marte el primer aniversario de la toma de la Bastilla; pero ¡cuán inmensa distancia separa los entusiasmos del presente de los de aquella época en que dominaba la ingenuidad revolucionaria! En aquella sazón se presentaron los marseleses después de atravesar toda Francia cantando el himno revolucionario, dejando tras sí como un reguero de ideas y de pasiones; acudieron los ciudadanos todos á jurar la nueva Constitución y á despojarse ante el altar de la patria de toda clase de preeminencias y privilegios que pudieran poseer, como digna ofrenda á la justicia: allí todos, nobles y plebeyos, curas y seglares, militares y paisanos, ricos y pobres juraron por su honor y por su vida mantener incólume el triángulo revolucionario compuesto de aquellas tres sublimes palabras libertad, igualdad, fraternidad, que fueron consideradas como el extracto ó la esencia del decálogo, del sermón de la montaña y aun de las siete palabras de la agonía de Jesús el Nazareno, y sin embargo, hecha la liquidación un siglo más tarde, según la misma declaración de Loubet y Millerand, encontramos que las viejas iniquidades del antiguo régimen se han remozado bajo los auspicios de la república, y á lo sumo han cambiado de nombre y si se quiere hasta de modo de producirse, pero no de intensidad.

Y si eso ha ocurrido después de un siglo de la fecha de una manifestación tan llena de buena fe como la de la Fiesta de la Federación, hay motivo para desconfiar de los resultados de las recientes declaraciones hechas en el salón de Fiestas de la Exposición actual.

No soy pesimista y rechazo esa calificación que acaba de atribuirseme, antes al



contrario, profeso respecto del ideal el más confiado optimismo; pero es necesario evitar que el optimismo caiga en la candidez, que suele al fin convertirse cuando llegan los desengaños y las desilusiones en el más desesperante escepticismo.

Téngase en cuenta que todos los sucesos de la Historia tienen un lógico, necesario y consiguiente encadenamiento de causa á efecto, y que el milagro, esa supuesta intervención de un poder sobrenatural, no ocurrió jamás, aunque digan lo contrario todas las escrituras más ó menos sagradas que pueden inventarse, por la sencilla razón de que no hay tal poder, de que desde el invisible microbio hasta la inconcebible grandiosidad de la vía láctea, están supeditados á determinadas condiciones de existencia y de desenvolvimiento y de que es imposible, imposible de toda imposibilidad, que el curso de los sucesos haya sido de otro modo.

No ha sucedido jamás que determinado mal social haya dejado de producirse sin que á su supresión haya precedido el conocimiento de su esencia, el de las causas en que radica, la propaganda á favor de su exterminio, y, por último, la destrucción de los intereses en que se apoyaba y la de los que reportaba su existencia.

Una de las primeras instituciones fundadas por los hombres allá en los albores de la sociedad, fué la apropiación particular de los bienes que tienen esencialmente carácter general. Con la apropiación exclusiva para unos y la expoliación sistemática para otros quedó instituido el privilegio, que atravesó triunfante todas las épocas históricas, y, aunque origen de todas las protestas revolucionarias, no hubo jamás legislador, dictador ni pueblo rebelde que despojase á los propietarios y fundase de una vez la participación de todos y de todas en el patrimonio universal.

No habiéndose fijado aún esa base, causa única de la justicia, no ha podido obtenerse el efecto deseado, la paz social tan anhelada.

Por consiguiente, si antes y después de la fiesta de la Federación, á pesar de la tremenda sacudida ocasionada por la revolución, existió el privilegio, y antes y después de la inauguración de la Exposición actual el privilegio sigue sin novedad en su despreciable salud, las palabras de concordia, solidaridad y justicia pronunciadas por los dos burgueses de turno, aplaudidas por los embajadores de todos los tiranos, saludadas por los 101 cañonazos de la explanada de los Inválidos y difundidas por todo el mundo, merced á los rápidos medios de comunicación de que en la actualidad disponemos, son en boca de los que las pronunciaron vana palabrería, peor aún, una mixtificación, y lo serán hasta que aquellos obreros excluidos de la fiesta, á pesar de que trabajan con inusitada actividad para terminar las obras de la Exposición, juntos con los que en los talleres, en las fábricas, en las minas, en los campos, en los ferrocarriles, en los barcos y en todos los demás sitios donde van los hombres á vender su trabajo por un jornal, digan de una vez: ¡se acabó! Tan amos somos nosotros como vosotros de los bienes naturales, de los producidos por el trabajo y de la riqueza obtenida por la aplicación de la ciencia á la producción, aunque digan otra cosa todos los códigos del mundo.

Cuando eso se diga y se ejecute, y no hay duda que se dirá y se ejecutará un día, quedará el mundo como una balsa de aceite, y se celebrarán fiestas sin ritual oficial de ningún género, pero sin exclusiones, y el ideal, hoy todavía un futuro que exponen con buena fe los hombres de recta intención y con hipocresía los infames explotadores, será como un presente perpetuo que no sufrirá interrupción.

ANSELMO LORENZO.



# LA ANARQUÍA

## SU FIN Y SUS MEDIOS

### IX

#### La anarquía y la violencia.

*No siempre pueden elegirse los medios.—Los actos no desvirtuarán la idea.—La violencia es resultado de la organización social.—La convicción soporta la acción.—Responsabilidad social.—Incapacidad del espíritu humano para generalizarse.—La acción no es violenta más que por la resistencia que encuentra.—La insurrección no se predica.—La sociedad se queja de la violencia sirviéndose de ella á cada instante.—Los resultados de una acción son siempre inciertos antes de efectuarla.—Es preciso obrar para saber si se puede llegar al fin propuesto.—Retroceder ante las responsabilidades.—La multitud es irresponsable.*

Habiendo combatido la acción legal y parlamentaria, es preciso que hablemos ahora de la violencia, porque muchos individuos, cuando han hablado de bombas y de la propaganda por el hecho, se imaginan haber definido la anarquía, y quedan sorprendidos cuando se les demuestra que nuestro ideal no es eso, y que la anarquía tiene concepciones más elevadas.

Hay muchos también que nos dicen: «Vosotros tenéis, ciertamente, concepciones hermosas; es un ideal magnífico para legarlo á la humanidad futura; pero lo que nos contraría es el que invoquéis siempre á la revolución. La violencia, y esto debíeráis saberlo, no ha producido nunca nada; no ha establecido ninguna cosa. ¿Por qué no renunciáis á tal procedimiento? ¿Por qué, en vez de recurrir á la fuerza bruta no hacéis uso de la persuasión?»

Otros nos dicen también: «Queriendo la libertad, ¿cómo podéis apelar á la violencia, que es esencialmente autoritaria?»

A estos últimos es fácil contestar. La violencia es autoritaria cuando se emplea para obligar á las gentes á hacer lo que les repugna; pero empleada para libertarnos de las trabas que se nos ponen, trabajamos por la libertad, y aún nos parece que este procedimiento es excelente para conquistarla.

En cuanto á los otros, lo que ha dado origen á que tales ideas hayan nacido en un cerebro, es que muchos anarquistas, impacientes por ver la realización de su ideal de belleza y felicidad, y deseosos de adelantar el día de su implantación, creyendo ir más deprisa predicando la violencia, han hecho de ésta el fin único de sus esfuerzos.

Es cierto que en algunos periódicos, y esto lo declaramos con franqueza, é individuos, más entusiastas que equilibrados, han dado esta idea de la anarquía, por las continuas excitaciones á la violencia que han hecho; pero si la anarquía no está en pugna con la violencia, cuando se sabe que ésta es indispensable para conseguir el fin, no hace de ello un sistema. La violencia es sencillamente el medio, discutible como cualquiera otra cosa; un punto accesorio de la anarquía que debe desaparecer cuando los obstáculos se hayan suprimido, porque en nada modifican el alcance del ideal en sí.

En la *Sociedad agonizante*, en la *Sociedad futura* y en *El individuo y la sociedad*, he intentado demostrar que la revolución es inevitable. No creo necesario volver á ha-



blar del mismo asunto, y por esta razón no pienso hablar aquí más que de la violencia en general.

\*  
\*  
\*

La metralla puede ser en ciertos momentos un medio para llamar la atención de los que cierran los ojos voluntaria y obstinadamente y se tapan los oídos ante las reclamaciones de los oprimidos; pero no puede, en modo alguno, cambiar el estado social.

Contestar al terror de arriba, al de los gobernantes y capitalistas, con el terror de abajo, con el de los perseguidos, es prueba de decisión y energía; pero esta lucha no puede producir la revolución más que continuándose hasta la completa desaparición de lo existente.

Para poder sostener esta lucha, es preciso que primero se haya hecho una completa revolución en los cerebros, ó al menos que la evolución en los espíritus esté lo suficiente avanzada para que los individuos sientan la necesidad de romper los obstáculos que les esclavizan.

Los actos prematuros de revolución no tienen otro mérito que el de la enseñanza ejemplar.

Lo que es cierto igualmente es que, en todos los tiempos y en todos los partidos, ha habido gentes más impacientes que otras, y que rompiendo con la pasividad, han intentado pasar inmediatamente de la teoría á la práctica.

En todas las épocas ha habido individuos que, demasiado oprimidos por el estado social, y más predispuestos á la violencia que los demás, no han querido someterse, y se han sublevado, atacando á las instituciones ó á los individuos que las representan.

Sólo los jefes de partido, aunque se hayan beneficiado de los actos violentos, los han repudiado ostensiblemente, en nombre de los principios, al parecer; pero por no comprometerse en realidad.

Los anarquistas, reconociendo que á veces la energía individual puede tener un mal empleo, si no está bien orientada, saben que es la más fecunda, y que con frecuencia un acto de violencia es una sabia lección dada al mundo. Tienen también su opinión sobre los actos realizados, y reconocen que quien obra pagando sus actos con su vida, tiene perfectísimo derecho á hacer lo que le dé la gana.

No ignoramos tampoco que los actos parciales de sublevación son simples accidentes de la lucha; la sociedad, basada sobre la opresión, no puede esperar de sus miembros sino actos de indisciplina.

La miseria y el hambre, creciendo de día en día, pueden conducir á ciertos temperamentos á la mendicidad y la abnegación; pero á medida que los individuos adquieren conciencia de ellos mismos y se dan cuenta de la injusticia de la organización social, se niegan á aceptar la iniquidad de su suerte, y se sublevan contra la inmerecida esclavitud á que se les reduce.

Antes de gritar ¡justicia! ¡justicia! á sus víctimas convertidas en vengadores ó justicieros, los satisfechos del estado social presente debieran reflexionar sobre si ellos han hecho cuanto les ha sido posible para evitar las injusticias que su felicidad ha producido. ¿Cuánta responsabilidad no corresponde á sus desenfrenados egoísmos? En el principio de los actos de revolución la opresión social es la principal causa de la influencia que las ideas revolucionarias adquieren.



La incapacidad de los individuos para comprender todas las contingencias de sus actos, puede probar la ignorancia de los explotados; pero demuestra, también, que los afortunados del mundo son incapaces para prever todas las consecuencias de sus brutales egoísmos, al desenvolvimiento de los cuales consagran todas sus energías, sin pararse á reflexionar en si los medios de dominación presente pueden producir, por sus excesos, la demolición en el porvenir.

En la elección de medios, la mayor parte de los individuos son incapaces para discernir sobre los mejores, y los que parece que han de producir resultados más inmediatos, apasionan hasta el punto de olvidar el fin principal.

Lo que se llama opinión pública hace una especie de síntesis en la cual quiere fundar todas las ideas corrientes; pero esta síntesis, muy defectuosa por la ignorancia de la mayoría, está siempre por debajo del término medio de las ideas. Lo que se produce es una adaptación al orden de cosas existente con una pequeña inclinación hacia el ideal, sin duda; pero tan ligera y atenuada, que es preciso pasar un largo período de años para apercibirse de ella. Y puede aún considerarse feliz la humanidad cuando la transformación es real en las cosas y no en las palabras.

Debido á la falta de aptitudes para abrazar una idea en conjunto, los individuos abandonan la idea misma por los medios, no viendo sino el lado insignificante de una sola cuestión. Estos son los que creen en la posible eficacia de esta ó la otra reforma, los que se imaginan que la abstención es la anarquía, y otros que han llegado al convencimiento de que la revolución es la suprema finalidad, siendo así que sólo es un medio. Y es que todo el mundo quisiera tocar los resultados con los dedos, como suele decirse; todos buscan el medio *práctico* de que la revolución humana avance rápidamente; la finalidad completa parece tan alejada, que la abandonan por el fantasma, sobre el cual cabalga (según el eterno error humano) con vertiginosa rapidez nuestra felicidad.

Sólo después de haber ensayado, si se reflexiona sanamente sobre los actos, nos apercibimos de que el camino recorrido nos ha alejado del fin principal.

\* \* \*

Toda esa confusión de ideas contribuye á eternizar el principio que hace creer á las gentes que cuando los anarquistas preconizan á los individuos que no cuenten sino con ellos mismos, con su sola iniciativa, sin ocuparse para nada de lo que es ó no legal, obrando siempre con arreglo á sus pensamientos, que se trata de matar é incendiar. Así, por ejemplo, cuando nos levantamos contra la ingerencia de los diputados socialistas en las huelgas y movimientos obreros, en las que se mezclan casi siempre predicando paciencia y resignación, las gentes nos salen diciendo: «Vosotros reprocháis como crimen el que esos hombres aconsejen la paz y la templanza, y no tenéis en cuenta que empujando á los obreros á la violencia, ayudáis á los explotados en su maléfica empresa de desembarazarse de los *turbulentos*; pensad en las víctimas de un motín fracasado, en la miseria y las lágrimas de las viudas y huérfanos, sin ningún provecho, porque las reclamaciones por la violencia es un esfuerzo que produce resultados negativos.»

Razonar así no es razonar. Entre la sumisión y la ciega violencia hay un término medio, en el que la virilidad encaja perfectamente; la voluntad consciente y el conocimiento de causa hacen obrar con energía, en vez de esperar con la boca abierta á que las cosas se hagan por sí solas.



Ni la resignación ni la sumisión han hecho nunca renunciar de sus privilegios á los explotadores. Estos no han concedido jamás ninguna reclamación si no han visto á los que la hacían lo suficiente fuertes para hacerles pagar cara su obstinada negativa.

¿Es que la insurrección se predica á las gentes? Para que la multitud se lance á la calle es preciso que haya en ella algo más que la excitación de un orador, por muy elocuente que sea su palabra.

Nosotros limitamos nuestra obra á hacer comprender á los que sufren el presente estado de cosas de dónde viene el mal y lo que puede suprimirlo, indicándoles al mismo tiempo las trampas con que se quieren distraer sus energías. Luego que cada cual elija el camino que quiera seguir.

¿Se nos dirá que esos no son más que medios hábiles para llegar á la sublevación? Así es, en efecto; pero cuando hemos reconocido que la voluntad y la energía que puedan desplegar los explotados es la única fuerza capaz de obligar á los explotadores á ceder ante las reclamaciones formuladas, ¿nos hemos de callar ante la organización capitalista que nos quita todos los medios que para libertarnos de su yugo necesitamos? Y puesto que la experiencia nos demuestra que los expoliados, mientras se limiten á suplicar, curvándose el espinazo, no obtendrán sino amenazas y provocaciones, ¿nos hemos de concretar, por temores pueriles, á decirles que continúen en tal posición?

Cuando se tiene ante sí un poder económico reforzado con un poder político, que ha puesto entre explotados y explotadores infinidad de instituciones, cuyo objeto, según dicen, es asegurar la libertad y el bienestar general, por más que, en realidad, para la única finalidad para que han sido creados es la de mantener la sumisión de los desposeídos bajo las órdenes de los poseedores, es preciso decir y repetir á los que sufren, que esas instituciones deben destruirse y que esta destrucción no se realizará sino negándose en absoluto á continuar por más tiempo humillados ante las exigencias de los de arriba.

Además, si tanto os molesta la violencia, persuadir al poder de que no debe usarla con tanta frecuencia contra sus adversarios.

Lo hemos dicho en otra parte, en los capítulos precedentes, y lo repetimos aquí: no porque se diga que la revolución es el único procedimiento eficaz para imponerse á los capitalistas, van los hombres á lanzarse á la conquista del poder y á la supresión de los privilegiados. No creemos que con sólo oír un discurso y leer un artículo puedan los individuos adquirir conciencia de sus derechos y de sus deberes.

Sabemos muy bien que la verdad no penetra en los cerebros sino lentamente, y que sólo repitiéndola sin cesar, con perseverancia y entusiasmo, puede conseguirse el que entre en alguna cabeza.

No es á la revolución inmediatamente adonde nosotros queremos llevar á los individuos, sino á la comprensión de lo que les es bueno ó perjudicial; así adquirirán conciencia de las futuras revoluciones, y de esta conciencia individual lo esperamos todo. Iniciados en la noción precisa de las grandes concepciones, creemos que los individuos sabrán elegir el camino que mejor les conduzca á su felicidad.

«Pero si en tiempo de agitación—se nos objeta—los hombres toman vuestros consejos al pie de la letra y, sublevándose, atacan al poder ó á la propiedad de los explotadores, ofreciendo á la autoridad, con tal motivo, ocasión para ejercer el terror y la represión la causa de tales hechos serán vuestras predicaciones.



Cuando la multitud se decide á hacer uso de la violencia, es porque son muchas las circunstancias que la hacen necesaria. Y en este caso, cuando se hace necesaria, con qué derecho diremos: «Calma, mucha calma; no hay que menearse; no deis motivo á que la bárbara represión os sangre; continuad soportando vuestros amos; tal vez vuestra paciencia, hiriendo su conciencia, les incite á la caridad.»

Y enervar así continuamente la voluntad y la energía de los que quieren emanciparse, ¿no es hacer el juego de los explotadores?

«Pero el movimiento es prematuro—nos dicen—, y la revolución vencida esteriliza la influencia del sacrificio de las víctimas, sin contar la represión que las rebeliones fracasadas suelen producir; y en estos casos, ¿no son más juiciosos los que procuran adormecer los furores del pueblo que aquellos que los excitan?»

Sin duda la revolución puede ser vencida, y, por lo tanto, hacer víctimas; ¿pero se cree acaso que la revolución es una pantomima en la que sólo hemos de obtener gracias, sin exponernos á nada, ó bien se pretende no empeñar jamás ninguna lucha sin tener antes la completa seguridad de la victoria?

Si esta pretensión se tuviera, no entablaríamos nunca ninguna lucha, puesto que en todos los conflictos la victoria es del más fuerte ó del más astuto, de aquel que mejor sabe aprovecharse de las debilidades de su adversario, y además el azar es con frecuencia quien determina el éxito, circunstancias que son muy difíciles de prever.

Si se ha de esperar á que den la señal los llamados jefes del pueblo, se esperará en vano, porque éstos retrocederán siempre ante las responsabilidades que sobre ellos recaigan.

Y esta indecisión se comprende; es humana, porque, á no estar animado de un egoísmo feroz, un orgullo sin límites, un espíritu irracional de casta, un sectarismo estrecho ó una idea fija que absorba las facultades del individuo, aniquilando en él toda idea elevada, no dejándole otro razonamiento que el que conduce al egoísmo, y por consecuencia, no viendo la muerte, las miserias y fatigas que esta lucha puede ocasionar, ¿quién intentará jamás, gozando de la plenitud de sus facultades, pronunciar la palabra que deba producir la conflagración?

Todo hombre que tenga sentimientos humanos, se resistirá siempre á asumir tan grande responsabilidad. Sólo la irresponsabilidad de la multitud puede no reflexionar ante tales sensibilidades.



Y puesto que la brutal rapacidad de nuestros amos no nos deja otra salida que la violencia, dejemos obrar á la multitud cuando se sienta fuerte para ello. Con frecuencia su cobardía es debida á que nosotros la impedimos de que haga grandes actos, de los cuales es muy capaz.

(Traducción de Antonio López.)


JUAN GRAVE.







## CIENCIA Y ARTE



### FISIOLOGÍA

Esta particularidad puede ser causa de error para los observadores. Si se recoge orina emitida una hora después del trabajo, no se encontrarán jamás precipitados úricos, y podría concluirse que el ejercicio no los ha producido, mientras que se presentarán muy abundantes en la orina de las horas tercera y cuarta, que no se someten á examen.

Otra conclusión se desprende del hecho arriba señalado; ese hecho prueba que las sustancias orgánicas, que deben formar los precipitados, se eliminan tardíamente, y permanecen en la economía durante un tiempo prolongado, antes de pasar por el filtro renal. Ahora bien; se sabe que el riñón no elabora las sustancias encontradas en la orina, sino que las elimina tales como las recibe de la sangre. Las materias excrementicias, que son los desperdicios del trabajo muscular, se encuentran, pues, completamente formadas en el organismo antes de pasar á través del órgano secretor. Pueden hacer sentir su influjo nocivo durante largo tiempo, puesto que permanecen muchas horas en la economía.

Se debe añadir que esta producción de los sedimentos úricos, que comienza tres horas después del trabajo, se prolonga algunas veces durante veinticuatro, es decir, tanto tiempo como las molestias de la fatiga.

Determinado así el momento en que el precipitado se observa, es fácil estudiar el influjo que ejercen sobre su producción, primero, las condiciones en que se hace el trabajo, y después, el estado fisiológico en que se encuentra el individuo.

Si el trabajo es poco intenso y dura poco, el precipitado no aparece. Por el contrario, abunda mucho cuando el ejercicio es muy violento y muy prolongado. Siendo el mismo el individuo observado, los sedimentos úricos son tanto más abundantes y se presentan durante un tiempo tanto más largo, cuanto haya exigido el ejercicio un trabajo muscular más intenso y más sostenido. Según la violencia mayor ó menor del ejercicio, puede variar el precipitado, desde una imperceptible veladura, que no se presenta más que una vez en la orina de una sola emisión, hasta los depósitos más espesos, que vuelven turbio y fangoso todo el líquido emitido durante veinticuatro horas.

El estado del individuo tiene mucho más influjo que la violencia del ejercicio para aumentar ó disminuir la cantidad de sedimentos emitidos después del trabajo. Cuanto más próximo se halle al estado de *adiestramiento*, menos abundantes serán los depósitos en la orina, dada una misma cantidad de trabajo. A medida que se adquiere por el ejercicio más resistencia á la fatiga, la orina pierde su tendencia á formar depósitos.

Nada más interesante que seguir paso á paso esta progresión inversa de los dos fenómenos: resistencia á la fatiga y emisión de orinas sedimentosas. Si un mismo in-



dividuo se entrega todos los días á un mismo ejercicio, que necesite un mismo gasto de fuerza; si se dedica, por ejemplo, á recorrer, remando durante una hora, una distancia dada, siempre la misma, consigue que su ejercicio, después de haberle proporcionado en los primeros días fuertes agujetas, no le produzca, al cabo de una semana, más que un malestar insignificante. Y la orina, después de haber dado precipitados muy abundantes al principio, no presenta ya á lo último más que un tinte imperceptible. A medida que los sedimentos se hacen más raros, la sensación de fatiga consecutiva tiende á disminuir; y el día en que la orina conserva, después del trabajo, toda su limpidez, el ejercicio tampoco produce ningún malestar: no deja agujetas.

Hay, pues, una estrecha relación, una constante coincidencia, entre la formación de los sedimentos úricos y la producción de las agujetas.

Esta notable correlación se encuentra en todas las circunstancias que pueden hacer variar los efectos del trabajo. Si se pasa de un ejercicio á que está el cuerpo acostumbrado á otro que exija la acción de un grupo muscular diferente, se experimenta de nuevo el malestar de las agujetas, y la orina vuelve á presentar sedimentos. Así, el hombre habituado á marchas forzadas no se resiente de ninguna fatiga consecutiva al día siguiente de una larga etapa hecha á pie. Experimentará, sin embargo, las agujetas, si ensaya, no teniendo costumbre, una pequeña sesión de esgrima. Examinando su orina, se podrá comprobar que este líquido, que guardaba toda su limpidez después de dos horas de caminata, se enturbia mucho después de veinte minutos de asalto. Esto sucederá siempre que se emprenda un trabajo nuevo, capaz de poner en juego músculos que no se han ejercitado aún.

La estrecha relación que existe entre las agujetas de la fatiga y la formación de sustancias de excreción que enturbian la limpidez de la orina, puede ser comprobada aun en circunstancias accidentales, que varían la resistencia del individuo y lo hacen, por el momento, más vulnerable á la fatiga. Bajo el influjo de una ligera indisposición, de una alteración insignificante de la salud, acontece con frecuencia, como lo saben bien todos los aficionados al *sport*, que la aptitud para el trabajo se disminuye momentáneamente. En tales días, el gimnasta no tiene su habitual vigor y el ejercicio va seguido de una sensación de malestar, olvidada hacía mucho tiempo. El hombre acostumbrado al trabajo nos ofrece entonces los mismos fenómenos de fatiga que el principiante; é inmediatamente su orina, que no se enturbiaba con el ejercicio desde hacía mucho, empieza de nuevo á depositar sedimentos.

He observado muchas veces estos hechos en mí mismo, y he podido notarlos también sobre otros individuos, como lo prueba la siguiente observación.

Uno de mis amigos, remero intrépido, adiestrado hasta el último límite, se presentaba á mis estudios sobre las modificaciones de la orina por el trabajo; pero estaba de tal manera endurecido por el ejercicio muscular, que jamás sus orinas presentaban el menor sedimento; la fatiga no hacía presa en él. Una mañana remábamos juntos en el mismo bote, y me sorprendió no encontrarlo con el vigor acostumbrado; tuvo que apelar á toda su energía moral para manejar el remo hasta el término del recorrido habitual. Dos noches de insomnios habían producido aquella debilidad momentánea. En esa ocasión el ejercicio le dejó durante todo el día una sensación de malestar y de agujetas, que no experimentaba jamás, y su orina, que desde hacía mucho tiempo era constantemente limpia después del trabajo, presentó depósitos muy abundantes.

Cuantas veces el organismo se encuentra en un estado de «menor resistencia», hay tendencia á la producción de sedimentos úricos, y tendencia también á las agujetas



Puede suceder que la falta de resistencia del organismo se produzca pasajeraamente por una causa de orden moral, una preocupación viva, una emoción depresiva. He podido comprobar que, en ese estado de abatimiento físico y moral, un hombre muy endurecido en el trabajo puede perder momentáneamente su inmunidad para la fatiga y presentar, después de un ejercicio muscular, los síntomas de las agujetas; y, al mismo tiempo, su orina pierde la limpidez habitual después del trabajo y se carga de sedimentos. He observado este hecho en un hombre acostumbrado á todos los ejercicios corporales y en perfecto estado de preparación, que se entregaba con regularidad á la esgrima. Tiraba á las armas todos los días, sin presentar nunca ni fenómenos de agujetas ni sedimento en la orina. Un día, después de una corta lección de esgrima, tomada bajo el peso de la preocupación de un duelo en serio para el día siguiente, experimentó las molestias de las agujetas muy acentuadas, y comprobamos la presencia en su orina de un abundante precipitado.

Tales son los hechos de observación que demuestran la solidaridad constante que existe entre la emisión de los residuos úricos y la producción de las agujetas de fatiga. Todas las circunstancias capaces de hacer al hombre más vulnerable á la fatiga, tienen el privilegio de crear al mismo tiempo una disposición de la orina á cargarse de sedimentos.

Entre estos dos fenómenos, emisión de orina enturbiada y molestias consecutivas del ejercicio, hay una correlación de tal manera constante que es imposible no ver en ella una relación de causa á efecto.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

FERNANDO LAGRANGE.

## CRÓNICA CIENTÍFICA

*Sensibilidad molecular de los minerales. — La muerte de las perlas. — Fronteras de la vida orgánica. — Opinión del profesor Mahoudeau. — Observaciones de lord Kelvin y William Thomson. — Experiencias hechas en el Instituto Franklin. — La vida de los metales.*

La afirmación de que el diamante y otras piedras preciosas son seres vivientes, lanzada así sin preparación, causa el efecto de una idea rayana en la locura; y, sin embargo, es exactísima en lo que concierne exclusivamente á la sensibilidad molecular. Sabido es que el aspecto de algunas de estas piedras cambia según las condiciones sanitarias y el estado moral de la persona que las lleva. Las perlas y los ópalos se hallan en este caso, y lo mismo ocurre frecuentemente con las turquesas.

Una revista científica inglesa cita el caso de un rubí que palidecía progresivamente durante la enfermedad de su dueño, y acabó por perder completamente su color después que éste dió el último suspiro.

Las perlas son particularmente sensibles á las variaciones de la piel, con la cual están en contacto. Además es ya cosa corriente, no sólo que las perlas pierden su color y su brillo, sino que mueren como las flores, aunque la duración de su vida sea mucho más larga. Esta duración es muy variable, ya que se conocen perlas que cuentan varias centenas de años, en tanto que otras tienen la vida mucho más corta.

Muchos joyeros conocen este hecho por haber tenido ocasión de hacer el experimento á sus expensas. Un joyero me refirió hace pocos días la curiosa anécdota siguiente:



Compró una señora un hermoso collar de perlas: dos meses después las perlas comenzaron á perder su brillo, y el marido de la señora fué á quejarse al joyero. Este reconoció la justicia de la queja, y dijo: —«No tengo yo la culpa del hecho, y juro á usted que no os he engañado. Para demostrarlo, permita usted que su criada lleve el collar puesto durante algunas semanas, y si al cabo de ese tiempo las perlas no recobran su color y brillo primitivos, devolveré á usted el dinero». Al cabo de tres días, las perlas habían vuelto á ponerse tan bellas como antes merced, al contacto del cuerpo sano y robusto de la muchacha.

Recordemos una vez más que se trata aquí de sensibilidad molecular, pero inconsciente. Si no hemos admitido la conciencia en los vegetales, ni aun en los más sensibles, en la crónica en que hablábamos de la sensibilidad de las plantas, es evidente que tampoco hemos de admitirla en los minerales. Por lo demás, diferentes experimentos demostrativos, particularmente los de Bordet, Metchnikoff y Pfeffer, han probado incontestablemente que las atracciones y repulsiones de los organismos monocelulares, respecto, sea de agentes físicos, sea de sustancias minerales, sea de materias orgánicas, se producen de una manera absolutamente idéntica á las afinidades físico-químicas presentadas por los cuerpos minerales.

Por otra parte, muchos naturalistas han demostrado cuán indecisas son las fronteras que separan lo que es inorgánico ó mineral de lo que es orgánico ó viviente. Un sabio francés, M. Mahoudeau, en un estudio magistral publicado recientemente en la *Revue de l'Ecole d'Antropologie*, de Paris, llega hasta preguntar si es cierto que existen verdaderos límites, si los que admitimos no son enteramente ficticios, si no pasan de un simple convencionalismo adoptado para facilitar nuestra clasificación. Según él, puede haber en esto, como en todas las cosas naturales, ausencia total de demarcación precisa, en tanto que existe en realidad una penetración recíproca de las dos modalidades de la materia, una mineral, otra orgánica. Esto sentado, no es extraño que se produzcan fenómenos idénticos, lo mismo en las sustancias que se supone inanimadas, que en las reconocidamente animadas; y no hay razón para seguir con desconfianza los sorprendentes trabajos que ponen en evidencia la existencia de manifestaciones espontáneas, sensitivas y motrices, en lo que calificamos de materia bruta.

Por paradójica que parezca la admisión de la vida, aun elemental, en cosas tan poco vivientes como los metales, los hechos se presentan con su irrecusable evidencia, brutalmente si se quiere, importándoles un bledo de nuestras teorías y de nuestras preocupaciones.

«Interesantes observaciones—dice el profesor Mahoudeau—permiten asegurar que los metales poseen en cierto grado, aunque muy débilmente, pero no por eso menos positivo, una forma de sensibilidad y una posibilidad de movimientos correlativos de esta sensibilidad. Los metales son susceptibles de sentir fatiga y de manifestar cierto cansancio.»

Y M. Mahoudeau cita numerosos ejemplos de experimentos más ó menos recientes para demostrar que el metal cansado toma nuevamente sus cualidades después del reposo, del mismo modo que nosotros, después de reparar por el descanso nuestras agotadas fuerzas. Cita á William Thomson y lord Kelvin, quienes han observado que los hilos metálicos sometidos en las fábricas á vibraciones repetidas obran de muy distinto modo después de un corto reposo; el lunes, por ejemplo, comparado con el sábado anterior. Después menciona los experimentos recientemente practicados en América, en el Instituto Franklin, y que establecen que los movimientos repetidos



debilitan los metales; pero que después de cierto tiempo de reposo recobran su resistencia primitiva, evidenciando que hay un cansancio posible en los cuerpos que estamos habituados á considerar como insensibles.

También la revista americana *Mines and Minerals* dice que un movimiento reparador, tendencia natural á la agregación molecular, debe considerarse como un fenómeno elemental de los seres inanimados.

En resumen: que no hay sensibilidad consciente en los seres que pertenezcan al reino mineral, estamos perfectamente convencidos; pero que estos seres sean cuerpos absolutamente inertes, eso no nos atreveríamos á afirmarlo.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

## CRÓNICA ARTÍSTICA

Quizás más de un lector extrañe que, titulando como título estas revistas quincenales, hable tan poco en ellas de muchas llamadas por mal nombre manifestaciones artísticas, tales como las funciones de teatros, y aproveche, por el contrario, todas las ocasiones que se me ofrecen para hablar de cosas de la calle.

El raquíptico monumento que se levanta modestamente oculto entre los árboles delante del Palacio de las Cortes, muéveme á decir dos palabras al auto de una proposición que un tal D. Luis Calvo Revilla ha lanzado al público desde las columnas del *Heraldo*.

El día 23 de Abril era el aniversario de la muerte de Cervantes, y el articulista á quien aludo, proponía que en lugar del monumento cursi de la Plaza de las Cortes se erigiesen unos Jardines de Cervantes, en que además de una columna coronada con la estatua del novelista insigne, hubiese representaciones plásticas de todos los pasajes del D. Quijote. La idea me parece bien; la ejecución propuesta por el señor Calvo, con las figuras de cinc y los interiores practicables, creo que no puede ser peor.

En cierto modo me parece mejor, sin embargo, el adefesio actual. Es de una modestia irónica admirable. Delante de aquel símbolo enorme de una cosa muerta, Cervantes representa el orgullo de la inmortalidad heroica. Le basta un bloque de piedra para desafiar los siglos, mientras que á la farsa de enfrente, todo el granito de la sierra no podría salvarle de un prematuro y odioso olvido.

Desde su desmedrado monumento, presencia Cervantes el derrumbamiento de la mentira humanitaria. Su máscara de bronce se sonríe. Recordará, sin duda, el sin fin de tonterías que se han hablado durante un siglo por aquellos alrededores: toda la garrulería de los que se consolaban de no tener una alma propia imitando las ideas, las palabras y las instituciones de los que la tenían, so pretexto de llegar por este camino á la mayor fraternidad humana.

Cervantes pensará que á él le bastó ser castellano, honda y heroicamente castellano, para conquistarse la fraternidad de todos los pueblos. Y por esto era humano, porque era hondamente lo que era.

Por otra parte ¿quién es capaz de concebir con calor de inspiración los Jardines propuestos por el Sr. Calvo Revilla? El mismo autor se reirá de su artículo cuando vuelva á leerlo. Porque, cuidado que es ridículo este Jardín, construído como una



media rueda de carro, con sus figuritas de cinc y demás accesorios propuestos por el autor. ¿Qué necesidad tenemos de poner en evidencia nuestro mal gusto afrentando la memoria del más grande novelista castellano?

Cuando los pueblos son bastante vigorosos para dar nuevos héroes no se acuerdan de los muertos gloriosos, y cuando están exhaustos de todo heroísmo, es difícil, si no imposible, que *sientan* bastante á sus grandes hombres para levantarles estatuas dignas de su memoria. Esta pobre España de la mojiganga liberal no puede *sentir sinceramente* la heroicidad castellana del ingenioso hidalgo de la Mancha.

Además: yo no sé si Madrid tiene nada que ver con el pueblo que engendró á Cervantes. Damos una importancia desmesurada á las ideas de raza y á los *nombres* histórico geográfico. Creemos que la civilización del califato de Córdoba era distinta radicalmente de la nuestra, y no se nos ocurre siquiera sospechar que esta civilización de hoy sea *radicalmente* distinta de la que dió lugar al *Don Quijote*. Ultimamente hemos llamado qui jotada á un verdadero tejido de infamias y cobardías impropias del valiente y noble hidalgo.

Si hay una España que pueda titularse heredera de aquella otra antigua que tuvo un arte grande y un espíritu vigoroso, no es la España de Madrid. Aquí Cervantes se sentía forastero entre gentes que hablan un dialecto extranjerizo, no sólo por sus vocablos, sino aun por el ritmo interior y el aire nada rozagante de sus párrafos. Yo no quiero ser hijo de Cervantes, porque aunque le admiro no *lo siento*. No es de los míos. Pero al estudiar el fondo humano de su alma no le encuentro tampoco relación de fraternidad con el alma banal y un tanto semística del pueblo madrileño.

El monumento á Cervantes y el monumento á Colón son igualmente exóticos en esta villa. Podréis usufructuar la memoria de estos hombres, pero no podréis evitar que el uno sea italiano de origen, y que el otro sea el varón más preclaro de una raza que pobló estos territorios antes de que vosotros viniéseis á invadirlos.

\*  
\* \*

Unos cuantos señores reunidos en el Círculo de Bellas Artes se han coaligado, al parecer, para burlarse del público. En todas partes se celebran exposiciones de pinturas tan nimias como la del Palacio de cristal; pero no creo que en ninguna tengan el *valor* de sacarle al visitante cuatro reales por la entrada y dos reales más por el catálogo.

Luego estos Fulanitos se quejarán de que el público no les haga caso. ¿Cómo se quieren crear aficiones artísticas engañando á la gente? Fui con dos amigos á visitar la llamada exposición, y confieso que ninguno de los tres quedó con libertad de criterio para juzgar. Estábamos acostumbrados á las exposiciones del Salón París de Barcelona, donde se presentan elementos artísticos más numerosos y notables, sin que le cueste un céntimo al visitante. Y aún se le agradece la visita.

Estos, que están siempre con la autoridad á cuestas y quieren que el gobierno lo haga todo, tienen aquí una nueva ocasión de entregarse á sus inocentes aficiones. Pueden pedir que las autoridades intervengan y que se corte el abuso de una vez. Pero recuerden que el gobierno es cómplice de la burla, pues ha prestado á estos sujetos el local donde la exposición se verifica.

Además, el gobierno español no es quién para corregir abusos de esta índole. En todos los edificios públicos hay una tupida red de mendigos con galones colocados allí, al parecer, con el exclusivo objeto de despojar al extranjero que se atreve á entrar. En alguna sala del Museo del Prado, por ejemplo, hay un mendigo gordo que se



ceba cruelmente con los visitantes, dándoles la mar de molestas explicaciones, hasta que les ha *extraído* la propina.

Por lo demás, la exposición es sumamente reducida, pues no llegan á 400 las obras expuestas. Algunos bustos, que no están bien ni mal, forman la sección de escultura, y unos pocos grabados, que estoy por decir que son lo mejor de la exposición, principalmente los de Maura, además de dos docenas de estudios ó bocetos debidos á pintores muy conocidos en Madrid, completan el certamen. Lo demás es comedia.

Pocas, muy pocas son las obras que llaman la atención. Un señor, de cuyo nombre no quiero acordarme, presenta unos paisajes del Guadarrama, que si no me quito pronto de su presencia me hubieran embrutecido la soberbia sensación de color que guardo de mi reciente excursión á la sierra. La araña de Cecilio Pla es muy simpática y el estudio de Sorolla, que representa la cabeza de algún huertano de Valencia, tiene cierto vigor en el dibujo.

Afortunadamente las *desgracias* no abundan. Como nuestros *artistas* tienen lo mejor que ha salido recientemente de sus pinceles en París y alguna otra exposición extranjera, allí estarán los *sucesos*, *asesinatos*, *fallecimientos inesperados*, etc., etc., que suelen inspirar sus obras más *notables*. Por esta vez nos hemos escapado.

Entre los pocos pintores capaces de progreso que tienen cuadros en la exposición, he notado una cierta tendencia á la nota fría, á los colores claros y nada calientes, tan propios de algunos pintores ingleses y tan *sentidos* en España por nuestro Casas. Si esto significa un paso dado hacia la expresión de un sincero estado de alma serena, lo celebraremos como un progreso. En otro caso, sería una comedia más.

\*  
\* \*

Se han acabado los conciertos. Ahora, hasta el invierno próximo nos pasaremos sin otro pasto musical que la ópera de segundo orden en la Princesa y las zarzuelitas por secciones. Parece que el público madrileño ha *tomado* ya todos los conciertos que la higiene de la moda exige y se apresta á tomar los baños que, no la limpieza, sino la moda, también impone.

La temporada ha tenido un remate digno de los atropellos que se han perpetrado en el Real. Después de las *Visperas Sicilianas*, ha venido la glorificación de Sarasate. Para los lectores que no estén enterados de quién es este señor, les diré que toca muy bien el violín, pero que tiene el valor de sacrificar á su habilidad toda otra consideración artística.

Como su fama es bastante universal, en todas las capitales de Europa tiene su público. Pero afortunadamente para el arte, ha pasado ya la época funesta del *virtuosismo*. A un señor que toca muy bien el violín, se le hace primer violín de orquesta y se le aprovecha para los *solos* que por acaso presente una obra recomendable, no por ésta, sino por otras más valiosas circunstancias. En ningún caso se sacrifica la obra musical ni el conjunto orquístico á la habilidad mecánica del *virtuoso* que se ve reducido á lucir su agilidad entre un grupo reducido de amigos ó de gentes, ajenas al arte por completo.

El *virtuoso* pertenece á la misma fauna que el tenor y la tiple. Han tenido una época de esplendor durante el triunfo lamentable de los maestros italianos; en la ausencia del sentimiento artístico el público apreciaba la ejecución de las obras. Ahora se empieza á gozar la obra misma y todo el terreno ganado por el autor lo pierden los virtuosos del violín, del piano y de la voz humana.



Aquí, sin embargo, vivimos un poquito atrasados. Todavía nos volvemos locos por oír cantar á un imbécil de ademanes vulgarísimos, porque la Naturaleza le ha dotado de una excelente voz. Y llamamos solemnidades artísticas al acto en que Sarasate tortura ferozmente un violín. Por algo hemos sido el pueblo de la Inquisición.

En París, en Londres, en Berlín y en otras capitales civilizadas, el virtuoso es el tipo intermedio entre el clown musical y el solista de orquesta. De seguro que no se llamará solemnidad artística á una audición de Sarasate. Tendrá éste su público: tenderos de comestibles, modistas, guardias de orden público que no estén de servicio, señoritas cursis, etc., etc. Aquí van á oírle los que pretenden monopolizar el arte.

El maestro Pedrell, encontróse un día con Sarasate en el saloncillo del Liceo de Barcelona. Le habían dicho á éste que el maestro Pedrell no le admiraba, y quizás por esto al verle entrar sacudió sus melenas con el orgullo de los necios aplausos recibidos y le preguntó:

—¿Qué le ha parecido mi trabajo?

—Pues muy notable—contestó el maestro catalán con ironía.

—¡Ah! (Sarasate se tranquilizó.) Es que...

—Sí, muy notable. Pero en el circo ecuestre hay un clown mas notable todavía, porque usted sólo tiene la *habilidad* de tocar el violín, y aquél, al mismo tiempo que toca el violín, pasa la maroma.

\* \* \*

Acaba de publicarse traducida al español por D. Francisco F. Villegas (Zeda), la novela de Fedor Dostoyuski, titulada *El espíritu subterráneo*.

El libro tiene dos partes, Catalina y Lisa, partes que no tienen otro punto de relación que el tratarse de aventuras distintas que le ocurren á Ordinow, un personaje ruso dominado por una epilepsia irritante.

Apenas se han leído las primeras páginas, se siente el desorden enfermo de la narración tenebrosamente trágica.

El autor no parece preocuparse de los lectores de su obra: amontona impresiones incoherentes muchas veces, y no se detiene á explicar nada. Los personajes de la obra viven en una violencia permanente, y todas sus maneras de obrar se parecen á las descargas epilépticas.

Podríamos decir que se trata de una novela refleja, en el sentido que dan á esta palabra los maestros de la psicología fisiológica. Ordinow entra en una casa y se enamora de una joven que ha huído con el amante de su madre. Más tarde tiene que dejar la casa sin haber conseguido nada de la joven. El viejo es una especie de mago misterioso, y los tres viven en una somnolencia enferma, salpicada de modorras crueles, de sobresaltos espantosos, de letargos inacabables.

No puede darse una impresión más extraña que la de este libro. Por fin, el lector se deja llevar sin pararse á explicarse nada, no sabiendo nunca si lee el relato de un sueño ó de un acto de vigilia, atormentado siempre por el temblor de una alarma que palpita en todas las páginas de la obra. Cuando acabé de leerla me sentí muy contento de encontrarme en mi cuarto y sin que, al parecer, se me viniese encima ninguna desgracia.

La segunda parte de la obra va precedida de una especie de auto disección que Ordinow hace de su alma. Se llama á sí mismo «espíritu que vive en el subterráneo»: un hombre que bucea sórdidamente en su propio *yo*, gozándose en sumergirse en lo



inconsciente. Las ideas que en esta parte desarrolla el autor son dignas de conocerse y es una lástima que la brevedad forzada de estas crónicas me impida dar cuenta de algunas.

PEDRO COROMINAS.

## ARTE SOCIAL

# RESURRECCION

Tolstoï, el maestro de *Ana Karenine* y *La guerra y la paz*, acaba de publicar otra obra de carácter eminentemente social. Un drama del corazón, palpitante de vida dolorosamente real, que muestra las cadenas con que la presente organización social aniquila todas las manifestaciones de la vida efectiva, substituyendo el inicuo artificio de las conveniencias á la espontánea naturalidad de la pasión, que surge cuando determinadas circunstancias ponen en contacto dos espíritus afines.

La escena pasa en un castillo de príncipes, habitado por dos damas de la más alta nobleza rusa, que tienen á su cuidado la hija natural de una campesina. Catalina Maslova, que así se llama la joven, es bella y jovial; su alma rebosa de felicidad en aquel ambiente, y paga con su cariño la afectuosa bondad de sus benefactoras.

Las damas tienen un sobrino, el príncipe Nekhludow, joven lleno de ardorosa vitalidad, que gusta vivir intensamente su vida. Un día viene á visitar á sus tías, ve á Catalina Maslova y se enamora de ella. Ambos son bellos, son jóvenes; una intensa pasión enardece sus coraones y comienza un idilio con todos los encantos que el lector puede imaginar.

\*\*\*

Tolstoï rompe el yugo de la vieja novela; se nos ha acostumbrado á ver siempre un seductor por una parte y una víctima ingenua por otra. Aquí Nekhludow ama ciegamente á la joven, y ciegamente desea poseerla, al mismo tiempo que ella le corresponde con sentimientos idénticos. Acaso él no comprende lo que sucederá después ó está lleno de las más buenas intenciones; la suya no es una «seducción», sino un hecho espontáneo, que no le permite reflexionar sobre su conducta ni encarrilarla de conformidad con las conveniencias sociales.

Tres años después de ese primer encuentro, el príncipe y Catalina vuelven á encontrarse. Catalina está aún más bella que antes, y sus ojos encienden otra vez la pasión en el alma del joven príncipe. ¿Ha pensado ella en la distancia infranqueable que la separa de él, constituyendo un escollo insalvable? En estas cuestiones nada hay más difícil que juzgar el alma de una mujer. Ella misma, examinándola no sabría definir su situación.

¿Cede? Es aplastada por el desprecio. ¿Resiste? Su resistencia no es atribuida á virtud, sino á un cálculo perspicaz. ¿Y por qué no? La campesina puede muy bien soñar la corona de princesa. Es verdad que se la acusará de lo mismo también en el otro caso. No importa. La cuestión es mucho más simple. En realidad, en el vértigo de la fiebre, la pobre se abandona confiada; pero en ese mismo momento nace en el espíritu del otro la reflexión, que en estos casos es cálculo. Cuestión de hartura. Libre de nieblas la mente del conquistador, se pregunta: «¿Aún no basta? ¿Dónde vamos?»

\*\*\*



—Es necesario seguir por el buen camino, le responde la conciencia. Has salido al encuentro de terribles responsabilidades; piensa en las consecuencias.

E inmediatamente una voz interior, como si fuera el eco de las conveniencias sociales, le responde infamemente:

—¿Cuáles responsabilidades? ¿De cuáles consecuencias debo preocuparme? Finalmente, ¿de qué se trata? De una campesina, de una joven sin nombre y sin familia. El tiempo en que los príncipes salían á elegir sus esposas entre las aldeanas y las pastorellas, á la sombra de las encinas ó entre los surcos bienhechores del arado, ha pasado. Esas son tonterías.

En efecto, él acaba por reir, sacude las espaldas, y se prepara para terminar el idilio, abandonando el castillo. Pero antes de irse deja á la joven un cheque de cien rublos, con una generosidad de príncipe. Cien rublos, además del honor de haber ocupado durante algún tiempo el corazón de un príncipe... En verdad, no es poco...

\*  
\* \*

Las ideas de Catalina, por otra parte, no llegan más allá. Tiene perfecta conciencia de su situación; y si por un momento ha podido ilusionarse creyendo que el amor suprime ciertas distancias, derriba ciertos obstáculos, ahora la ilusión se ha disipado. Un sueño, nada más...

Desgraciadamente, de aquel sueño ha quedado una realidad; ella es madre y le será imposible ocultar las consecuencias de su amor sincero y espontáneo, que ante las hipócritas conveniencias sociales aparecerá como una culpa. Y cuando esas consecuencias se hacen manifiestas, no bastan ruegos ni lágrimas para hacerle obtener el perdón. Las hipócritas del sentimiento, las damas que no han sido capaces de amar y viven en su estado natural de solteronas, le reprochan que haya correspondido con la impudencia á los beneficios recibidos y que haya profanado el techo hospitalario que la recibiera amorosamente. Por eso ya no es digna de permanecer en la casa.

Y la arrojan. Contra ella convergen todas las iras, como si hubiera hecho algún mal á los otros, habiéndoselo hecho á sí misma.

Su niño muere; comienza aquí la odisea de su triste vida. Se adapta á servir en una casa ó en otra; pero en cuanto sus amos llegan á saber su pasado, la despiden.

Y así, la sociedad, arrastra lentamente á la perdición á la joven, que no tiene más culpa que la de haber amado con sinceridad, entregándose al hombre que amaba con toda la espontaneidad de la pasión no corrompida por la conveniencia; he aquí la hipocresía de la moral: el amor verdadero se castiga como una culpa: ¡lo lícito es hacer balance del negocio antes de corresponder á la pasión de un hombre!

\*  
\* \*

De tal manera, no tan sólo se la cierra toda vía de redención, sino que se la obliga á precipitarse fatalmente hasta el fondo del abismo. La pendiente es cada vez más inclinada; la atracción fatal es cada vez mayor. ¿Para qué hacerse de propósitos honestos cuando ningún oído noble escucha sus ruegos? Ella está manchada; la gente que disimula su hipocresía bajo la máscara de la decencia teme su contacto. Y entonces... ¿qué quiere esa gente? Nada más que esto: que el error de la sinceridad se convierta en depravación. Lo que antes produjera en ella un sentimiento de repulsión y de horror... se convierte en dolorosa realidad. Y de esa manera, Catalina Maslova, llega á ser mujerzuela de calle y un torrente de lodo la envuelve, la arrastra, sin que



ella intente oponérsele. Y por esa pendiente la joven bella y jovial, llega á enredarse en las mallas nefastas del delito.

\* \*

El delito no es suyo, es de la sociedad hipócrita y mentirosa. Amar no es un delito; y el que ama anhela poseer y ser poseído por la persona amada. Pero la sociedad, bajo la influencia de los prejuicios de los que no saben amar, la arrastra al delito para luego poder vengarse de la que ha sido sincera en una sociedad de hipócritas.

De la vía pública, Catalina Maslova, pasa á ocupar el banquillo ante los jurados; entre éstos figura el príncipe Nekhludow, el hombre que la ha perdido.

En la conciencia de éste se desencadena una terrible tempestad psicológica; un verdadero torbellino de pasiones, sentimientos é ideas tortura siniestramente su alma, al verse en el caso de tener que juzgar á la mujer que él mismo ha encaminado en el sendero de la culpa y de la abyección.

Nekhludow acaba por sumariarse á sí mismo; y en su corazón de hombre surge amenazador el espectro de su propia condena. Catalina Maslova no es más que una víctima; él debe hacerse cargo de una parte de la expiación y salvarla. Después de una cruel alternativa de esperanzas, de incertidumbres, de batallas íntimas, el príncipe toma su resolución, firme é inquebrantable: salvarle será desde entonces el objetivo de su vida.

La redención de aquella alma no es cosa fácil. Catalina Maslova ha perdido la conciencia de su personalidad, de su propia dignidad; ya no sabe esperar, ni querer, ni anhelar. Está cerrada á todos los horizontes de la vida del espíritu.

\* \*

Sin embargo, Nekhludow, abre en su alma endurecida una grieta por donde se infiltra lentamente la esperanza; y así como la tierna floración de un capullo bajo el rayo tibio y fecundador de una aurora, toda de luz, toda de calor, su alma despertóse nuevamente á la conciencia de la vida.

Y es así como se efectúa la resurrección de una conciencia muerta.

Entonces Nekhludow, realizado ya su propósito principal de reparar el delito de la sociedad, cede á los campesinos todas las tierras que constituían su patrimonio, para que con su trabajo la hagan fecunda en su propio beneficio, para que cese la dolorosa servidumbre que al través de tantos siglos pesara sobre sus hombros, tristemente doblegados por el pesado yugo de una esclavitud inhumana y deprimente.

Es así como en una idealización de sus anhelos de reorganización social, termina el maestro ruso su novela, sugiriendo en el espíritu del lector la idea de que una alta aspiración campea en la conciencia de todas las sociedades civilizadas.

De tal manera encara Tolstói el problema de la mujer y del amor, imputando á la sociedad más que al hombre la muerte de la conciencia femenina y señalando en un símbolo fácil de comprender que entre las misiones del hombre en la sociedad, una de las más elevadas y sin duda la más humana, es la de elevar el nivel moral é intelectual de la mujer, emancipándola de los prejuicios de la sociedad presente que substituyen las conveniencias sociales al amor, al mismo tiempo que la hacen única víctima de la pasión que se desenvuelve con libertad por encima de los ridículos vínculos de la ley y de la religión.

Por esto la mujer tiene derecho, humano y social, para esperar su *Resurrección*.

JOSÉ INGENIEROS.

Buenos Aires.



## MARIDO Y MUJER

## NOVELA

Me parecía que él había sabido apreciar á la primera ojeada mis cabellos, mis manos, mi cara, mis maneras, mis cualidades exteriores, en suma, tales y como eran creía que las conocía á fondo y que yo no podía alterar en nada su juicio sin tratar de inducirlo á error.

Pero no conocía mi alma, porque la amaba, y porque mi alma, además, estaba formándose y desenvolviéndose entonces. En este punto podía hacerse ilusiones, y se las hizo.

Desde el instante en que comprendí todo esto, me sentí maravillosamente libre y desahogada en su presencia.

Se acabaron los encogimientos y la turbación sin motivo. Sabía que podía contemplarme de perfil ó de frente, sentada ó de pie, con el pelo recogido ó suelto; me conocía ya y creía que estaba siempre satisfecho de mí.

Me parece que si, contra su costumbre, me hubiese dicho, como los demás, que era guapa, no hubiese experimentado ningún placer.

En cambio, cuando acertaba á expresar una reflexión que le agradaba, ¡qué alegría iluminaba todo mi espíritu! ¡qué feliz era! Entonces fijaba en mí los ojos, y con voz emocionada, aunque afectando un tono de broma, me decía:

—Sí, sí: *hay algo en usted*. Debo confesarlo, es usted una chica excelente.

¿Qué es lo que me valía esa recompensa que llenaba mi corazón de satisfacción y de orgullo?

Bien poca cosa: haber expresado mi simpatía por el cariño que nuestro viejo Gregorio profesaba á su nieta, ó exclamar que tal poesía ó tal novela me conmovían hasta hacerme casi llorar, ó simplemente porque prefería Mozart á Schulhoff.

A mí misma me asombraba la intención maravillosa con que adivinaba todo lo que debía querer para agradarle, cuando en realidad yo no sabía discernir lo bueno de lo malo.

La mayoría de mis hábitos y de mis gustos antiguos no estaban conformes con los suyos; pero bastaba un fruncimiento de cejas, una mirada de desaprobación ó su gesto desdeñoso, para que al punto perdiese su encanto para mí todo lo que antes me gustaba.

Cuando me interrogaba, me miraba á los ojos, y su mirada me inspiraba la idea que quería oírme expresar.

Sus pensamientos y sentimientos habían substituído á los míos, transformando de golpe mi vida é iluminándola por entero.

Insensiblemente había llegado á mirar todas las cosas con otros ojos: á Katia, á Sonia, á los criados, á mí misma y mis ocupaciones.

Antes leía para matar el tiempo; ahora los libros eran mis delicias, porque me los traía él, los leía conmigo y me hablaba de ellos.

Antes las horas que consagraba á la instrucción de mi hermanita me parecían muy largas; esa tarea era un deber que cumplía penosamente. Bastó que Serguei Mikhailovich asistiese una vez á mi lección, para que á partir de ese día disfrutase en seguir los progresos de mi alumna.



Antes me parecía imposible tocar de memoria toda una pieza de música; ahora la idea de que me escucharía él y quizá me dirigiría alabanzas, me daba ánimos para repetir un mismo pasaje hasta cuarenta veces; la pobre Katia se tapaba los oídos con algodón; pero yo era infatigable. Fraseaba mis sonatas de otro modo y resultaban mucho más expresivas.

No había nadie, incluso Katia, á quien conocía y quería como á mí misma, que no se me apareciese bajo un nuevo aspecto. Sólo entonces comprendí que nada la obligaba á ser lo que era para nosotras una amiga, una madre y una esclava á la vez. Adiviné la extensión del sacrificio que hacía por mí y por Sonia aquel ser amante, el cariño que nos profesaba, todo lo que le debía, y lo quise doblemente.

Bajo el influjo de Serguei Mikhailovich aprendí á considerar de otra manera á nuestros campesinos y á los criados.

Parece broma, pero debo confesar que había cumplido diecisiete años, pasando toda mi vida en medio de esas gentes, y, sin embargo, me eran tan desconocidas como personas á quienes no hubiese visto nunca. Jamás se me había ocurrido que pudiesen amar, esperar y sufrir como yo.

Nuestro jardín, nuestras arboledas y nuestros campos adquirieron de repente un atractivo enteramente nuevo á mis ojos. No en vano me había dicho Serguei Mikhailovich que en la vida sólo hay una manera segura de ser dichoso: vivir para los demás.

Estas palabras me parecían extrañas, no las comprendía; pero penetraban en mi corazón, aunque mi pensamiento no desvelase su sentido.

Sin alterar mi modo de ser, Serguei Mikhailovich me había revelado toda una vida de felicidad; bastóle para ello entrar á formar parte de mi existencia. Todas las cosas á que estaba acostumbrada desde niña me eran indiferentes; pero vino él, y todas adquirieron un lenguaje para hablar á mi alma y llenarla de júbilo.

Durante ese estío me ocurrió muchas veces subir á mi cuarto, tenderme en la cama y sentirme penetrada suavemente de la emoción de la felicidad, en vez del tedio henchido de deseos y de esperanzas vagas que me abrumaba en tiempos anteriores.

No pudiendo dormirme, me levantaba é iba á sentarme en la cama de Katia para decirle lo contenta que me sentía.

No necesitaba Katia de esas confidencias para adivinar mi dicha. Se limitaba á asegurarme que también ella era feliz, y me daba un abrazo. Yo me dejaba convencer fácilmente, porque tenía necesidad de creer dichosos á cuantos me rodeaban.

Pero Katia no olvidaba que era hora de descansar; hacía como que me regañaba, y se dormía. Yo continuaba pensando en todo lo que constituía mi ventura. A veces me salía de la cama y me ponía á orar con mil efusiones para dar gracias á Dios por la felicidad que me había concedido.

Una noche reinaba en mi cuarto un profundo silencio; no se oía más que la respiración de Katia y el sonido de su reloj que tenía cerca de sí. Yo daba vueltas en la cama, y balbuceaba oraciones, besando la cruz que llevaba al cuello. Todas las maderas estaban cerradas; se oía zumbiar un moscardón ó un mosquito que andaba dando vueltas; y yo sentía deseos de no salir jamás de aquel cuarto; yo hubiese querido impedir que luciese el alba; permanecer de aquella manera eternamente y que jamás viniese nada á disipar mi éxtasis.

Me parecía que mis divagaciones, mis ideas y mis rezos revestían una forma animada, vivían conmigo en la obscuridad, revoloteaban alrededor de mi cama y se inclinaban hacia mí.



Y cada uno de mis pensamientos era su pensamiento, y cada uno de mis sentimientos el sentimiento suyo.

Pero yo ignoraba que todo eso es el amor; pensaba que un sentimiento que nacía tan fácilmente, debía durar siempre, sin fin.

### III

Un día, durante la siega, fui á sentarme con Katia y Sonia después de la comida, en nuestro banco favorito del jardín, á la sombra de los tilos que dominan la cañada, más allá de la cual se extiende la vista por los campos y el bosque.

Hacia tres días que no habíamos visto á Serguei Milkhailovich, y esperábamos su visita, porque el subintendente nos había dicho que iría á examinar los trabajos.

En efecto; hacia las dos lo vi de lejos entrar á caballo en un sembrado de cebada. Katia mandó servir melocotones y cerezas—manjar regalado para él—; después me miró sonriendo, se acomodó en el banco, y se quedó traspuesta.

Yo arranqué una rama encorvada de tilo, cuyas hojas y cuya corteza rebosaban de savia que me corría por la mano, y empecé á agitarla como un abanico sobre mi *nanta* dormida. En la otra mano tenía un libro, y leía levantando los ojos á cada momento, para mirar hacia el camino por donde debía pasar Serguei Mikhailovich para reunirse con nosotros. Sonia sentada al pie de un añoso tilo, construía un pabellón para su muñeca.

El día era caluroso, no se levantaba un soplo de aire, y la atmósfera estaba caldeada en exceso. Se habían formado nubes que iban acumulándose en una masa negra; desde por la mañana se preparaba una tempestad.

Me sentía sobreexcitada, como me sucede siempre antes de la tormenta.

Sin embargo, entrada la tarde, disipáronse las nubes en todos sentidos, é irradió el sol en un cielo puro.

A lo lejos, no obstante, zumbaba el trueno, y de vez en cuando dibujábanse los palidos zigzags de un relámpago al través de una densa nube que se confundía en el horizonte con el polvo de las eras.

Evidentemente aquel día no tendríamos tempestad.

Por el camino que se descubría á trechos más allá del jardín rodaban sin interrupción rechinando altos carros repletos de mies; cruzaban sin cesar otros carros de adrales, que volvían de vacío con gran estrépito conduciendo á los segadores cuyas piernas saltaban y cuyas blusas flotaban al viento.

Yo vislumbraba al través del follaje el espeso polvo, que no corría arremolinado para volver á caer al camino, sino que permanecía inmóvil en el aire, detrás de la valla del jardín.

En el cercado se oían las mismas voces y el mismo rechinar de ruedas; se veían pasar de continuo las mismas mieses doradas, desfilando lentamente para volar después al aire, y á mis ojos iban creciendo las hacinas cónicas como casas de agudo tejado, sobre las cuales corrían á manera de hormigas las siluetas de los campesinos.

Más allá, en el campo polvoriento, movíanse asimismo los carros, veíanse también espigas de oro, y mezclábase en un murmullo confuso el mismo ruido de ruedas, de voces y de canciones.

Hacia una parte se descubría más campo segado cada vez y aparecía el linde cubierto de ajenjos. Un poco más á la derecha, en medio de gavillas esparcidas confusamente, se distinguían las sayas de variados colores de las mujeres que ataban los



haces. Se encorvaban sus cuerpos, se agitaban y cruzaban sus brazos, se alineaban á poco hermosas mieses, y al punto se restablecía el orden en la era. Aquel espectáculo que anunciaba el fin de la cosecha me entristeció, pareciéndome de repente que el estío había cedido su puesto al otoño.

Por todas partes reinaban el polvo y el calor, excepto en nuestro rincón resguardado del jardín. Por todas partes iban y venían muchedumbres de segadores, hablando y moviendo gran bullicio, en medio de aquella atmósfera pesada y caldeada por un sol de justicia.

Durante ese tiempo, Katia, echada á la sombra en nuestro banco, roncaba suavemente, cubierta por su pañuelo de blanca batista; las sabrosas y succulentas cerezas brillaban en la canastilla; jamás habían parecido más frescas y primorosas nuestras faldas, jamás el agua de la jarra había reflejado más vistosos arcos iris en las facetas de cristal; jamás había sentido yo un bienestar tan profundo.

«Después de todo—pensé—, ¿tengo yo la culpa de ser tan feliz?... Pero ¿con quién compartir mi felicidad? ¿Cómo y á quién puedo consagrarme y hacer partícipe de toda mi ventura?

El sol había desaparecido tras las copas de los abedules; volvía á bajar el polvo sobre el campo; el horizonte se dibujaba con mayor claridad y limpieza á la luz oblicua del poniente; las nubes se habían desvanecido; al través de los árboles distinguíanse en el cercado tres nuevas hacinas que acababan de abandonar los campesinos; los carros partían al galope, y los segadores lanzaban gritos de alegría: aquel viaje debía ser manifiestamente el último de la jornada.

Las mujeres, con las mielgas al hombro y ceñida de mieses la cintura, volvían á la casa cantando á grito herido; pero Serguei Mikhailovich no llegaba. Sin embargo, ya hacía mucho tiempo que lo había visto bajar de la colina.

Lo divisé de repente en la calle de árboles hacia el lado por donde menos lo esperaba; había dado la vuelta al barranco.

Avanzaba presuroso hacia mí, con el sombrero en la mano y la cara alegre y radiante; pero, advirtiéndome que Katia dormía, se mordió los labios, cerró los ojos y empezó á andar de puntillas.

Conocí al momento que se encontraba en ese estado de alegría sin razón de ser, en que tanto me gustaba verle, y que llamábamos «su alegría salvaje». En esos instantes era como un chiquillo escapado de la escuela; toda su persona, desde los pies hasta la coronilla, respiraba satisfacción y júbilo, y retozaba en sus ojos la picardía juvenil.

—Buenas tardes, buenas tardes, violetita, ¿qué tal, bien?—me dijo en voz baja estrechándome la mano.

Le pregunté por su salud, y me respondió:

—Perfectamente bien; tengo trece años, ni un día más, y unas ganas locas de jugar al caballo y de trepar á los árboles.

—Se encuentra usted en su «alegría salvaje»—le dije mirando sus ojos risueños, y sintiéndome invadir también por aquella *alegría salvaje*.

—Sí—respondió guiñando los ojos y reprimiendo la risa—; pero ¿por qué pega usted á Katia en las narices?

Con el placer de verle, no había notado que, abanicando á Katia, le había quitado el pañuelo que le tapaba la cara, y la cosquilleaba con las hojas de la rama.

Me eché á reír.



—Verá usted; va á sostenernos que no ha dormido—le dije quedo, como si temiese despertar á Katia; pero en realidad porque me causaba un placer inexpressable hablar tan bajo á Serguei Mikhailovich.

Por toda respuesta movió los labios remedándome, como si no pudiese oirme por bajar demasiado la voz.

Después, atisbando la canastilla de cerezas, la cogió haciendo como que la robaba, corrió hacia el tilo en que se hallaba Sonia, y se sentó encima de sus muñecas. Mi hermanita empezó por enfadarse; pero Serguei hizo en seguida las paces con ella, preguntándole quién de los dos comería más cerezas en el mismo tiempo.

—¿Quiere usted que mande traer más? O, si no, ¿vamos á cogerlas nosotros mismos?—repuse.

Tomó la canastilla, metió dentro las muñecas, y echó á correr hacia el huerto de frutales; Sonia lo perseguía gritando y tirándole de los faldones para que le devolviese sus muñecas.

Se las entregó con mucha gravedad, y, volviéndose hacia mí, me dijo á media voz, aun cuando ya no tenía que respetar el sueño de Katia:

—Vamos, ¿no tengo razón para llamarle á usted violeta? Después de todo el polvo y de todo el calor de este día de trabajo, me basta acercarme á usted para respirar el perfume de esa dulce flor... Y ¿sabe usted? No es de la violeta embalsamada, sino el de esa violeta de un azul sombrío que trasciende á la nieve derretida y á la hierba primaveral.

—¿Van bien las faenas de los campos?—pregunté por disimular la emoción que habían excitado en mí esas palabras.

—¡Muy bien! La gente del pueblo se presenta excelente por todas partes. Cuanto más se la conoce más se la quiere.

—Es verdad—respondí.—Hoy, antes de venir usted, estaba sentada en el jardín, y, mirándolos trabajar, me ha dado vergüenza verlos afanarse de ese modo, mientras yo permanecía al fresco de brazos cruzados y...

—Amiga mía—dijo interrumpiéndome gravemente, pero hundiendo en mis ojos una mirada cariñosa—no gaste usted esa clase de coqueterías: el trabajo del pueblo es cosa sagrada... Dios la libre de hacer ostentación de semejantes sentimientos.

—Pero si esas cosas no se las digo á nadie más que á usted...

—Ya lo sé, ya lo sé... Pero ¿y nuestras cerezas?...

La cerca de los árboles frutales estaba cerrada, y todos los jardineros ausentes, porque Serguei Mikhailovich los había llevado á la siega. Sonia corrió á buscar la llave; pero nuestro amigo, sin esperar su vuelta, trepó á lo alto del muro, levantó el enrejado que protegía los árboles y saltó al huerto.

—¿Quiere usted cerezas?—me gritó desde abajo...—Alárgueme la cesta...

—No, quiero cogerlas yo misma; voy por esa llave... Sonia no vuelve...

En ese momento me entró una comezón irresistible de ver lo que hacía y cómo se encontraba, figurándose que nadie podía verle. Por nada del mundo hubiese querido perderlo de vista un solo instante en aquella hora.

Me deslicé de puntillas por entre las ortigas, y de ese modo di vuelta á las tapias hasta que encontré un sitio donde bajaba la cerca; subiéndome en un tonel vacío que allí había, el muro no me llegaba ya más que á la cintura, é inclinándome, pude mirar al interior. Empecé por admirar el espectáculo que ofrecían aquellos árboles viejos, de anchas y recortadas hojas, cuyas ramas se doblaban con el peso de los negros



racimos de sabrosas cerezas, y luego, metiendo la cabeza por debajo del enrejado, vislumbre al que buscaba, detrás del retorcido tronco de un viejo cerezo.

Creía sin duda que yo me había ido, y que se hallaba al abrigo de toda mirada. Estaba sentado sobre las raíces del árbol, con la cabeza descubierta y cerrados los ojos, entreteniéndose en pasar de una mano á otra una cereza. De repente se encogió de hombros, abrió los ojos, halbuceó alguna cosa y sonrió.

Aquella sonrisa y aquel murmullo se parecían tan poco á cuanto yo sabía de él, que me dió vergüenza haberle espiado.

Me pareció que había dicho: ¡Mariquita!... ¡No, no es posible!—pensé.

—¡Querida Mariquita!—repitió más suavemente y con acento más cariñoso aún.

Esta vez le había oído con perfecta claridad.

Empezó á palpitarme el corazón con tanta fuerza é invadió todo mi ser tan violentamente una alegría llena de turbación, como si se tratase de un placer prohibido, que tuve que apoyarme en el muro con las dos manos para no caer y delatarme.

Ese movimiento le reveló mi presencia; miró alrededor de sí soliviantado; bajó los ojos, se sonrojó y se puso tan encarnado como un niño. Quería decirme algo; pero no acertaba, y su rostro se encendía más cada vez.

Con todo, sonrió mirándome; yo le respondí con otra sonrisa, y entonces su semblante irradió de gozo. No era el tío venerable que me acariciaba y guiaba paternalmente; era un igual, que me amaba y temía como yo á él.

Nos mirábamos sin cruzar una palabra, cuando de pronto se obscureció su frente, se borró de sus labios la sonrisa, se apagó el brillo de sus ojos, y, recobrando en seguida su tono protector, dijo friamente como para ponerme sobre aviso y advertirme que pasaba algo malo entre nosotros:

—Pero bájese usted; puede hacerse daño.

Parecía entrar súbitamente en posesión de sí mismo y querer invitarme á volver en mí. Añadió:

—Arréglese usted el pelo; ¡no sé qué parece usted!

—¿Por qué esta comedia?—pensé en mi interior.—¿Por qué ese empeño de contrariarme? Y al punto me acometió un deseo irresistible de ponerlo á prueba nuevamente, y ensayar mi imperio sobre él.

—No—respondí—; quiero coger las cerezas yo misma.

Y agarrándome con las dos manos al árbol más próximo, me lancé al borde del muro; Serguei Mikhailovich apenas tuvo tiempo de acercarse á tenderme la mano para sostenerme, cuando ya había saltado al jardín.

—¡Qué tonterías hace usted!—exclamó sonrojándose de nuevo, y esforzándose en disimular su turbación aparentando enfadarse.—Hubiera usted podido herirse—continuó—y ¿cómo va usted á salir de aquí?

Estaba aún más confuso que antes; pero ahora me asustó su emoción, en vez de causarme placer.

Me sentí alterada á mi vez, me sonrojé, y para evitarlo, y no sabiendo qué decir, me puse á coger cerezas, sin saber dónde echarlas. Me reconvenía á mí misma, me arrepentía, tenía miedo, me parecía que esa travesura me había perdido irremediablemente á los ojos de Serguei Mikhailovich.

Los dos callábamos, y nos encontrábamos tan atados el uno como el otro.

Por fin, llegó Sonia con la llave, y nos sacó de aquella situación embarazosa.



Pero durante largo rato no hablamos más que á mi hermanita sin atrevernos á cruzar una mirada.

Poco después volvimos al lado de Katia, la cual nos afirmó que no había dormido y que lo había oído todo. Yo me calmé un poco, y Serguei Mikhalovich se esforzó en recobrar su tono paternal y protector, pero sin conseguirlo, porque ya no me imponía.

LEÓN TOLSTOÏ.

(Se continuará.)

## SECCIÓN LIBRE

### SIN DIOS

Sí, amigo. Comprendo tus dudas, y veo claramente la lucha que sostienen con las nuevas las viejas ideas que marcaron en tu cerebro las primeras huellas, y que modificadas cada día y cada día debilitadas, se resisten á abandonar lo que fué su dominio absoluto. Al través de ellas viste el mundo; ellas informaron tus más personales voliciones; ellas alimentaron tu sed de ideal; con ellas por lumínar sondeaste el pasado, analizaste el presente y exploraste el porvenir.

Te dieron de niño, cuando apenas podías discernir, una sencilla explicación del universo. El hombre dual, alma y cuerpo. El alma espíritu puro, inmortal, semejanza divina. El cuerpo, materia deleznable, forma mortal, cárcel efímera. Arriba el cielo, la verdadera patria inaccesible, y en él Dios. Dios el creador, el padre amante y severo, que premia á aquellos pocos que supieron amarle, y castiga con dureza horrible las faltas más fáciles; que escucha á veces tus quejas de dolor y espía siempre tus frecuentes transgresiones de su ley estrechísima. Abajo el infierno, amenaza continua, asilo espantoso, poblado de sombras tristesimas y visiones horribles; región cerrada para siempre á la paz y al reposo, donde todo dolor mora y toda esperanza muere. Y á tu alrededor el mundo engañoso, señuelo brillante que llama á la perdición con reflejos fascinadores, que te incita á correr alegre entre peligros sin cuento que tu candor no ve ó tu debilidad no vence, para hacerte rodar al negro abismo.

Y la aceptaste porque todos la aceptaban. La abonaba la autoridad inmensa de tus padres, de tus maestros y de los sacerdotes, ministros de aquel Dios. Y la solemnidad y la aparente grandeza de este concepto subyugaron tu temperamento profundamente religioso.

Más tarde sentiste el peso de este yugo. Callado y temeroso protestaste de la contradicción entre tu instinto y tu criterio y oíste con zozobra discutir el cielo, el infierno y el mundo. Te interesaste en la discusión, espantado de ti mismo, ávido de restablecer el equilibrio roto, y tu mundo metafísico sufrió rudo golpe.

Ya no te satisfacía la anterior concepción. Te pareció infantil. Ya no creíste en el Viejo ni en el Nuevo Testamento. Rechazaste el Génesis bíblico y la divinidad de



Cristo. Te pareció absurda la leyenda de la caída de Adán y la redención mesiánica. Tu razón mató á tu fe. A la creencia en el milagro substituyó el respeto á las leyes naturales, apenas entrevistas por las incipientes ciencias físicas y la filosofía racionalista.

En tu afán de escudriñar y analizar las religiones, buscando en ellas algo más positivo que la vaguedad del sentimiento místico, descubriste su trama fabulosa y encontraste falso y mentido el dogma.

Todo aquel mundo de ultratierra, tan familiar y de forma tan bien definida, sucumbió en el naufragio con su cielo y su infierno, su Jehová y su Satanás, su Cristo y su antecristo; su Virgen Madre de Dios, sus arcángeles, ángeles, serafines y bienaventurados, sus penas eternas y sus legiones de espíritus tentadores.

Pero quedó á flote en el mar de la duda el dualismo del universo y el dualismo del hombre. El ser y el no ser, la realidad y la nada, lo infinito y lo limitado, lo creado y el creador, la materia y el espíritu.

Y hasta ahí has llegado.

Crees en un Dios, ente de pura razón, substancia sin atributo, que no puedes poner de acuerdo con tus inclinaciones panteístas.

Comprendo ese estado. Yo también he pasado por ese proceso laborioso, que mata las ilusiones, antes tan bellas, y sólo deja en pie confusiones y dudas, razones de sinrazones.

Pero yo he suprimido la división de materia y espíritu; he suprimido á Dios, y de un golpe ha quedado restablecida mi lógica.

Hipótesis por hipótesis, la mía bien vale la tuya.

¡Si supieras qué absurda, qué ridícula, que insubstancial me parece la idea de un Dios creador llenando la mente del hombre, sirviéndole para explicar el universo y fundamentar la moral!

¡Querer resolver la incógnita del *Cosmos*, cuando no conoce siquiera el funcionamiento de su organismo; resumir todo lo que existe, cuando su vista, auxiliada por los más poderosos instrumentos, alcanza imperfectamente algunos millones de leguas y percibe apenas diez milésimas de milímetro! ¡Los grandes y los pequeños detalles se pierden en el misterio de lo imperceptible, y quiere explicar el conjunto y su causa, su origen y su finalidad!

¡Pobre pigmeo, que no sabe volar en el aire y quiere volar en un mundo de quimeras por él forjadas; que no ha conseguido armonizar sus sentimientos y sus necesidades con los de sus semejantes, y necesita creer en *la armonía de la creación*!

Si tu sensibilidad refinada sufre tanto con las imperfecciones del mundo y esperas un más allá que restablezca la justicia y compense los dolores de la vida, ¿por qué fundas tu creencia en Dios, justamente en *el orden admirable de las cosas*? O viceversa. Si esta armonía universal te hace creer en una inteligencia creadora y providente, ¿por qué aspiras, como á necesidad suprema, á una vida ultraterrena? ¿No ves en esto una contradicción pueril?

Si reconoces la imperfección de los medios de conocer que tienes á tu alcance, resignate á ignorar todo lo que está fuera de la vida terrestre y á desconocer la *esencia* de las cosas y el *por qué* de su existencia. No quieras engañar esta forzosa ignorancia con hipótesis puramente imaginarias, desprovistas de todo fundamento positivo.

Sientes el horror del vacío, la angustia de una vida sin explicación, sin estímulo y sin finalidad. Pero ese malestar es consecuencia de tu misticismo.



Al apartar tu mirada de Dios, fijala en el mundo que te rodea, que es la única realidad conocida, que te reclama, que te ofrece el atractivo incitante de vivir con la Naturaleza y para la Naturaleza.

El interés de tu vida aumentará. Sentirás más hondamente que antes la belleza del universo. El cosquilleo de las fibras más íntimas de tu ser multiplicadas en fuerza vital, te excitarán a una actividad desconocida y querrás satisfacer un anhelo insaciable de perfección humana, de ciencia y de justicia.

El espectáculo de la humanidad, con sus errores, sus sufrimientos y sus luchas, te interesará sobremanera, y serás gustoso actor consciente en la grande escena.

Y en medio de las derrotas y las decepciones, sentirás el íntimo, sabroso placer de reconocerte hombre y de servir a una gran causa.

Y tu moral será más grande, y tus amores más intensos.

Me estimas porque me consideras bueno y fuerte. Pues soy más fuerte y más bueno desde que no creo en Dios.

JAVIER SORONDO.

Bilbao.

---

## NO IMPORTA EL NOMBRE

¡Murió!... ¡Pobre amigo mío!... Cuando había hecho renacer en vírgenes corazones las más dichosas esperanzas; cuando todos los hombres íntegros, honrados, disponíanse a cederle, no un lugar preeminente dentro las jerarquías sociales, sino la merecida consideración y ofrenda de solidaridad que a toda fuerza intelectual precisa en la lucha contra las corrientes malsanas del mundo en que vegetamos; cuando todos los amantes del progreso universal dábanle la bienvenida al descubrir en él la virtud del genio, al propio tiempo que miles de desheredados se precipitaban en los círculos conferenciantes afanosos de recoger de sus labios algún indicio para la saludable solución del problema de las necesidades actuales, un ataque psíquico se apodera de su mente y le arroja en el sepulcro de los vencidos...

*Llegar a ser...* sentencia es de muerte para los individuos que zumba en sus oídos el halago, la lisonja, el dentelleo de la vanidad. En el *llegar a ser* se desarrolla todo un proceso psicológico que, empezando por apestar el cuerpo, termina hasta infectar el cerebro.

Nacer, crecer y morir, esta es la vida; pero los vencidos, los infectos, los apestados, nacen y mueren, no llegan a crecer. Así murió él.

Al nacer se gozó en la salud de su cuerpo iniciándose en las luchas radicales. El fantasma de la reacción pretendió interrumpir su camino; pero el impulso generoso de los grandes apóstoles inspiróle, logrando de un solo empujón pulverizar todo un castillo de infamias, destruir todo un cuadro de ignominias y pisotear todo un código de silogismos autoritarios.

Así empezó. Había nacido. Después, después murió como han muerto muchas inteligencias superiores: sin crecer. Y mi pobre amigo no creció, porque no supo sustraerse del medio vicioso, falso y ridículo que a todos nos rodea y que el mundo más antes que otros había descubierto y denunciado.



¿Por qué, pues, semejante alteración? ¿Por qué ha sucumbido transformado tan profundamente? Porque al recordar que podía llegar á ser dejó de creer en sí mismo para creer en los demás.

Antes decía á los hijos del pueblo: adelante, adelante; ahora les grita, deteneos. Antes fué un joven leal, desinteresado, dispuesto á abandonarse por completo en lo que él creyera un bien; ahora medita, vacila, pretende y recela. No ha mucho descubría en el arte con entusiasmo admirable la salud social un problema de goces, la alegría humana; actualmente todo le parece deprimente y triste. Ayer consideraba necesario comunicar con la Naturaleza y con los genios que habían vivido, pensado y sentido antes que él; hoy riñe con los *niños de Bizancio*, se conforma con los llantos, sombras y fantasmas de *Vidas sombrías* y, evoca el recuerdo de Pitarra porque le asusta Ibsen. Antes huía de los lugares infectos; ahora ha preferido ir á morir en ellos. Ayer enamoraba á los hombres con la limpia transparencia de un ideal claro y definido; hoy los entristece con un complejo étnico que todo lo enturbia y confunde. Antes sin *llegar á ser* vivía; ahora por *haber llegado* ha muerto.

No llegó á mentir y vaciló. Dijo verdades y se quedó perplejo. Amó la justicia y quedó insolvente. Quiso vivir con la desgracia y se asustó. Plúgole ser redentor y se quedó esclavo.

Recuerdo que cuando me decía con la sencillez de antaño, canta, goza, ama la vida, él también cantaba, gozaba y amaba. Desde que los soberbios de la tierra, sabios de estampilla, le dijeron sube, sube más y estarás salvado, su cuerpo inclinóse hacia la vanidad mundana, dejó de cantar y murió.

Dentro de poco nadie se acordará de él.

LEÓPOLDO BONAFULLA.



## TRIBUNA DEL OBRERO



### LOS ODIOS

Los odios no son otra cosa que el resultado de las impresiones de la vida unidas á la falsa instrucción recibida. Según en las condiciones que el racional viene obligado á vivir, según el temperamento más ó menos nervioso del individuo, según los ejemplos, hace que el mortal tenga odios en más ó menos grados.

El carácter rencoroso no es otra cosa que el resultado de los desengaños sufridos y de las ofensas recibidas, toda vez que el hombre, lo mismo que la mujer, al nacer no es rencoroso ni hereda odios; no es bueno ni malo; los adquiere á medida que va desarrollándose y adquiriendo relaciones. Podría asegurarse que los odios no son otra cosa que la consecuencia de los sufrimientos que el trato social ofrece por una parte, por otra el resultado del rigor de las leyes que nos esclavizan y humillan.

Durante el curso de los siglos mucho es lo que se ha trabajado para hacer desapa-



recer los odios, y, sin embargo, poco es lo que se ha conseguido; al contrario, es una enfermedad que cada día cuenta mayor número de contagiados. Creo que, así como no hay un pueblo que deje de guardar sus odios á otro, producto de la ignorancia, de las religiones, de los códigos y, sobre todo, de las guerras habidas á través de los siglos, asimismo creo que no hay una familia que se halle en el triste caso de no haber odiado, odiar ó poder odiar á otra; no obstante, todos los odios de familia se encierran en dos casos: la herencia y el matrimonio. ¿Cuántas familias hoy son amigas de otras que ayer odiaron? ¿Cuántas guardarán rencor mañana á otras que ayer apreciaron? No parece sino que el destino de los que forman la universal familia humana sea el de odiarse y guardarse rencor unos á otros.

La noble y sublime frase de «Amar al prójimo como á ti mismo» mejor que moraleja conciliadora, parece tremenda burla lanzada al rostro de la humanidad toda; mejor que palabra humilde, la cual un día ha de llevar la verdadera humanidad y ser lema por el que se regirá la común familia y los pueblos todos, parece ofensa sangrienta hecha á esta corrompida sociedad do vivimos si no se olvidan las ideas de odio y rencor que en casi todos los cerebros se anidan, por más que sus dueños digan lo contrario.

¿Cómo es posible que en una sociedad donde sólo existe el cálculo, la ambición y la explotación del hombre por el hombre, desaparezcan los odios y los rencores? En un cerebro en el que sólo toma asiento la envidia, no busquéis otra cosa que odio; en un cerebro donde todas las ilusiones son de hacerse rico cuanto antes, no es fácil halléis otra cosa que rencor, toda vez que el individuo que tiene más apego al dinero que amor á la humanidad, no es otra cosa que un cuerpo repleto de odio hacia sus semejantes, pues precisamente todo el que tiene afán para llenar sus bolsillos ó arcas, según el caso, tiene prisa para despojar y dejar en la miseria á los demás.

Para que un banquero haga un buen negocio, es indispensable que otras casas de banca tengan pérdidas de más ó menos consideración; el negocio del comerciante está en la miseria de otro comerciante; el desarrollo y enriquecimiento del industrial estriba en la explotación y miseria del obrero primero, del público después. De aquí una parte de los odios y rencores que se van extendiendo por los ámbitos sociales. Puede afirmarse que en nuestros días la banca, la explotación y la venta y compra de productos, son los principales factores de los odios, toda vez que ello representa el único dios fin de siglo, don Dinero, tentador y corruptor de los pueblos y fuente de odios entre los llamados animales superiores por su razón é inteligencia.

Así como cada pueblo tiene sus costumbres, tiene también su dios, y como consecuencia, sus odios y rencores; pues la religión influye lo indecible en los cerebros y, por lo tanto, en los odios. De aquí que todas las religiones, cada una de por sí, tenga odio á todos los que no siguen sus doctrinas, y como las religiones no son otra cosa que el producto de la ignorancia de los primitivos, la necesidad que tuvieron de creer en algo á ellos superior, y como todas las religiones pretenden que únicamente su dios es el verdadero, de aquí también que aquellas supersticiones se hayan convertido en creencias y fanatismos muy arraigados en los cerebros y en todos los pueblos; creencias y fanatismos que no tienen razón de ser y resultan de gran perjuicio, ya que tienen por base la mentira autorizada por el tiempo, y por fin un poder absoluto de una colectividad sobre una comunidad de forzados creyentes, desde el momento que ningún dios existe ni ha existido, espíritu ó Ser Supremo que la razón natural no concibe.



Un budista es un enemigo de un mahometano, un brahmista de un cristiano; de aquí guerras, asesinatos y demás crímenes de religión con sus legiones de aventureros que han asolado á los pueblos, arruinado á las familias y extendido los odios entre los racionales y perpetuado la esclavitud, fuente también de odios. Todos pretenden que su religión ó dios es el verdadero, como ya tengo dicho, y como es de comprender, los odios de religión han pasado á rencores de raza de unos pueblos á otros. En nuestros días buen ejemplo de ellos nos da la, según dicen, republicana Francia y la llamada imperial Turquía; ésta con los asesinatos cometidos con los armenios, la otra con las salvajadas cometidas con los judíos.

ENRIQUE PUJOL.

*(Se continuará.)*

## VENGANZA

(CUENTO)

Juan era un hombre lo más bueno que darse pueda; pasaba su vida, honrada y liberal, en apoyo de los elegidos por la desgracia, enjugando lágrimas, endulzando penas y siendo para sus semejantes un modelo de virtud.

Sucedió, pues, que un día, yendo engolfado en tristes pensamientos por las desgracias humanas, al revolver de una calle, divisó entre las sombras de la noche, porque noche era, á una mujer que estaba luchando con un hombre con verdadera ferocidad, y llevado de sus instintos humanitarios, fuese acercando con cautela al lugar en que se divisaba la pelea.

Antes de llegar á aquel sitio, sintió un gemido ahogado, gemido que precedió á una carcajada de la mujer, que con ojos centelleantes se dirigía hacia nuestro héroe, con propósitos nada tranquilizadores.

Juan, con grandes esfuerzos, logró calmar á aquella furia, y la pidió la razón del crimen que acababa de cometer.

Ella con lágrimas en los ojos, ya completamente calmada, y conociendo que la sociedad apreciaría como un crimen aquella muerte ejecutada en un acto de verdadera exaltación, contó á Juan una triste historia de amores y seducción; la infamia de aquel hombre, que, después de haber sido quien la había llevado consigo por el amor que por él la mujer experimentaba, la había dejado en el arroyo abandonada á sus propios medios; y, después de haber entrado en una vida de prostitución que antes no sólo la repugnaba, sino también la espantaba, había hallado otra vez á aquel hombre, que volvía á ella para experimentar sensaciones impuras y gozarse en la deshonra de aquella mujer que nadie más que él había ocasionado.

Nuestro hombre, al oír aquella historia triste se conmovió, y la impelió á abandonar aquel sitio donde podría encontrarla la justicia, caso de que viniera como vendría al advertir el cadáver.

Ella se dejó convencer, y con lágrimas en los ojos y volviendo á cada momento la cabeza, abandonó aquel sitio donde había consumado un hecho que la sociedad cali-



ficaría de crimen al conocerlo, sin detenerse á examinar el origen de los hechos.

No quiso nuestro hombre abandonar aquel sitio sin mirar una vez más el cadáver de aquel miserable, y se acercó y sacó el puñal de su pecho. En esto llegó la justicia, avisada por algún transeunte que habría visto aquel cuadro, y detuvo á Juan, conduciéndole á la cárcel á pesar de sus protestas.

Al cabo de un año, se verificó la vista de la causa, y á pesar de las razones que en su favor alegó, de los esfuerzos de su defensor, el tribunal le condenó á veinte años de cadena temporal.

Sufrió, no resignado, porque á una injusticia no se resigna nadie, pero sí con paciencia su cautiverio, entrando en consideraciones sobre la impresionabilidad de las masas, que en el día de su condena habían acogido con verdadera satisfacción lo que ellos llamaban vindicación de la justicia.

Entró en la cárcel joven, poco más de veinticinco años, y salió de ella ya cambiado completamente su ser, á los cuarenta y cinco; veinte años que por un error judicial había estado sujeto á todas las burlas, dado su natural pacífico, de sus compañeros de condena, miserables encanecidos en el crimen.

Salió de la cárcel con la hiel amontonada en su corazón, y libre ya de los buenos sentimientos que antes le ayudaban á sobrellevar su vida en medio de la satisfacción de aliviar las desdichas del prójimo, alimentaba con fruición la idea de la venganza.

Paseaba por las calles indiferente á la circulación que en ellas había, encaminando sus pasos al Palacio de Justicia.

Entrado allí, vió una causa de otro infeliz acusado tal vez sin razón, y las sonrisas de los miembros del tribunal al interrogarle como á él habían hecho, le hizo experimentar un escalofrío en todo su cuerpo, y una voz que le decía: ¡Mata, mata!

Y sin encomendarse á nada ni á nadie, atento sólo á la voz que en su ser oía sin cesar, esperó la terminación de aquel acto, y al salir, pegó tres tiros, matando á dos de los magistrados.

Cogido é interrogado, contestó de una manera brutal, inconsciente: ¡Mata! ¡Mata!

Fué una venganza que dejó á aquel hombre anonadado, incapaz de apreciar nunca más ni el placer ni el odio ni ninguna sensación que lo volviese á la vida. Mirado por la sociedad, se había cometido un crimen; mirado por aquel hombre, se había administrado justicia.

¡Maldita sociedad que, impresionable en extremo, aprecia los hechos sin conocimiento de causa, y hace pensar en la eficacia de la venganza!

JUAN COROMINAS MASERAS.